

Pequeños y pobres - predilectos de Dios

En el último Concilio, la Iglesia de nuestro tiempo se definió a sí misma, solemnemente, como "la Iglesia de los pobres". ¿Por qué? Simplemente porque la Iglesia no puede traicionar a los suyos, a los de su mismo origen.

La Iglesia quiere intervenir en favor de los pequeños, de los pobres, porque ante cada uno de ellos el cristiano debería decirse: este hombre me recuerda a mi Dios, el sencillo carpintero de Nazaret; esta mujer me recuerda a María, mi humilde Madre.

Cristo escogió voluntariamente nacer entre los pobres, porque venía a anunciarles la Buena Nueva del Evangelio: que Dios tiene un corazón de Padre que ama con predilección a los pequeños, a los sencillos, a los pobres.

El Dios del Evangelio es el Dios de los pobres, y es María la primera que lo anuncia en su hermoso canto del Magnificat: *"Mi alma canta la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador, porque Él miró con bondad la pequeñez de su servidora... Él derribó del trono a los poderosos y elevó a los humildes; colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías"* (Lc 1, 48ss.).

La Iglesia de hoy quiere ser una Iglesia de los pobres porque quiere renovarse en el espíritu de Jesús y de María. Cada vez que se la ha acusado de comprometerse con el dinero de los poderosos, ha sido porque ha traicionado a su Madre, porque ha desfigurado a Cristo, nacido por Ella en un pobre hogar de carpintero.

Dios ama con predilección a los pobres porque sufren. Todo padre quiere que sus hijos sean felices y por eso se preocupa especialmente de

Dios ama con predilección a los pequeños porque tienen un corazón abierto. La principal riqueza que Dios quiere comunicarnos es su vida de amor. Y el amor no se recibe con las manos, sino únicamente si se tiene un corazón abierto, un alma de niño. Éste es un rasgo típico de los pobres, y por eso Dios los ama. Porque no están apegados a muchas cosas materiales, los pobres se sienten vacíos y pueden abrirse con facilidad al amor de Dios y de los demás.

En nuestro tiempo va creciendo la conciencia de la solidaridad con los pequeños, los necesitados, los pobres. Y más nosotros, como cristianos, tenemos que comprometernos en esta lucha por los que son del mismo origen de nuestro Dios y de nuestra Madre celestial. Pero tenemos que hacer nuestro aporte propio: tenemos que dar alma a esta lucha.

Y esto, porque los cristianos queremos que nuestro país, además de vencer sus problemas económicos, conserve una sencilla alma de pobre, un corazón abierto a la mayor de las riquezas: el amor.

Deseamos que todos tengan bienestar, pero sabemos que las riquezas corrompen a los pueblos, que traen materialismo e individualismo, que destruyen las familias. Así lo prueba la historia.

Los cristianos tenemos que salvar a nuestros hermanos del peligro de la pobreza, pero, al mismo tiempo, salvar su alma y su corazón del peligro de las riquezas y del materialismo.

Queridos hermanos, pidamos a Dios y a la Sma. Virgen que nos ayuden a tener ese espíritu de sencillez, a convertir nuestra Iglesia en una verdadera Iglesia de los pequeños y pobres: una Iglesia que sepa